

***11ª SESIÓN: LA ÚLTIMA CENA, GETSEMANÍ,
EL PRENDIMIENTO, LAS NEGACIONES DE
PEDRO (MT 26)***

***“PADRE, APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ,
PERO NO SE HAGA MI VOLUNTAD SINO
LA TUYA” (MT 26,39)***



INTRODUCCIÓN

Estimados amigos de la Biblia. Saludos fraternos

Comenzamos hoy nuestra andadura por la fase final de la vida de Jesús: SU PASIÓN, MUERTE Y RESURRECCIÓN, a la que daremos una muy especial atención por la densidad del misterio del amor de Dios por nosotros manifestado en la cruz.

Le dedicaremos tres comentarios, el primero centrado en la última cena, Getsemaní, el prendimiento, interrogatorio de Jesús ante Caifás y las negaciones de Pedro (Mt 26); el segundo en la

pasión y muerte de Jesús (Mt 27) y el tercero en su resurrección (Mt 28). Con ellos concluiremos nuestro estudio del evangelio mateano.

Es tan insondable el misterio del amor de Dios que fue hasta el extremo por nosotros, y nos sobrepasa de tal modo, que conviene invocar el auxilio del Espíritu Santo antes de comenzar:

*Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles
y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu
creador y renueva la faz de la tierra.*

LA PASIÓN DE JESÚS SE ACERCA (MT 26,1-27,2)

Los desencuentros de Jesús con las autoridades judías han ido creciendo con el tiempo y van a desembocar en su pasión, muerte y resurrección. Pero además de los acontecimientos importa captar el sentido de su muerte y la actitud con que Jesús la afronta. Mt 26-28 son capítulos cargados de una especial densidad humana y teológica.

1. CONSPIRACIÓN CONTRA JESÚS Y PREVIOS A LA PASIÓN (MT 26,1-16)

1.1. ANUNCIO DE JESÚS Y DECRETO DE MUERTE (MT 26,1-5)

Habiendo concluido todos sus discursos (v. 1) Jesús pronuncia unas breves pero densas palabras que remiten a los anuncios que ya había hecho antes de su pasión (Mt 16,21; 17,22-23; 20,17-19). Con ellas da a entender que se acerca el desenlace de su vida:

“Ya sabéis que dentro de dos días será la fiesta de pascua y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado” (v. 2)

Su último mensaje no es un discurso ni siquiera unas acciones concretas, sino SU MISMA VIDA COMO ENSEÑANZA. Todas sus palabras y todas sus obras, se van a reflejar y hacer realidad en su pasión, que es la clave para comprender todo lo que ha dicho (discursos) y hecho (milagros) hasta este momento.

¹ Este comentario ha sido elaborado, con algunas alteraciones y contribuciones propias, a partir de: JOSEPH RATZINGER - BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret 2ª Parte: Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid, Ed. Encuentro, 2011, p. 125-192 y de: MARTA GARCÍA FERNÁNDEZ, *Mateo*, Estella (Navarra), Verbo Divino, 2015, p. 285-307. En estos textos, sobre todo en el de Ratzinger, el lector encontrará más información.

Estamos a dos días de la “fiesta judía de la pascua”. Los sumos sacerdotes y ancianos deliberan y deciden matar a Jesús (v. 3-4), aunque atrasan su prendimiento por motivos tácticos: “para que el pueblo no se alborote” (v. 5).

1.2. LA UNIÓN EN BETANIA (MT 26,6-13)

La escena cambia para presentar el episodio de la mujer que unge a Jesús con un perfume muy caro², gesto que los discípulos no entienden y consideran un despilfarro, pues el dinero se podría haber dado a los pobres, algo que tiene lógica tanto humana como evangélica, pues va en la línea de la predicación de Jesús. Jesús, sin negarlo, pues los “pobres los tendréis siempre con vosotros” (v. 11), lo ve como una “obra buena” de la mujer que tiene que ver con su muerte y anticipa la unción fúnebre antes de su sepultura (v. 12).

1.3. LA TRAICIÓN DE JUDAS (MT 26,14-16)

Es una trama que se urde a escondidas y a la que el lector no tiene acceso. Lo que la hace más dramática es que ES UNO DE LOS MÁS ÍNTIMOS DE JESÚS QUIEN LO ENTREGA A SUS ENEMIGOS. Los protagonistas parecen ser Judas y los sumos sacerdotes, pero en realidad lo es Dios, que lleva el control de su iniciativa salvífica.

2. ÚLTIMA CENA PASCUAL DE JESÚS (MT 26,17-29)

Son tres las escenas que aquí se describen: los preparativos para la cena (Mt 26,17-19), el anuncio de la traición (Mt 26,20-25) y la última cena (Mt 26,26-29).

2.1. PREPARATIVOS DE LA CENA (MT 26-17-19)

El contexto de la cena es la próxima celebración de la Pascua judía, pero aquí estamos ante una Pascua distinta, la de Jesús: “mi tiempo está cerca”, dice, mi “hora” está a punto de llegar. Jesús lo sabe y controla la situación, como también lo hizo al entrar en Jerusalén (Mt 21,1-3). “Id a la ciudad, a casa de fulano...” (v. 18), les dice a sus discípulos, del mismo modo que al entrar en Jerusalén les había dicho: “Id al pueblo que está enfrente...” (Mt 21,1-3). Es Jesús quien, como Maestro y Señor, dispone los preparativos de la pascua y los discípulos le obedecen (v.18-19).

² Marcos indica el precio del perfume: 300 denarios, que correspondía al salario de un año, por lo que se entiende que se considere un despilfarro.

2.2. ANUNCIO DE LA TRAIÇÃO (MT 26,20-25)

Sentados a la mesa con sus discípulos, Jesús anuncia que uno de ellos le va a entregar. La reacción de los comensales es emocional: “muy entristecidos” le preguntan quién puede ser. Jesús no señala directamente al traidor, sino que se refiere al “que moja conmigo en el plato” (v. 23), cosa que todos hacían por ser una costumbre de la época, por lo que su indicación no aclara nada. E insiste en el anuncio con una imprecación muy fuerte:

“¡Ay de aquel por quien el Hijo del Hombre es entregado! ¡Más le valdría no haber nacido!”

Es entonces cuando Judas reacciona y pregunta: “¿Acaso soy yo, Rabbí?”, a lo que Jesús responde: “Sí, tú lo has dicho” (v. 25).

Es un momento de gran conmoción en la vida de Jesús, que se va a encontrar y dejarse alcanzar por el poder de las tinieblas, que vino a combatir y vencer. En ahora cuando Jesús toma sobre sus hombros la traición de todos los tiempos y el sufrimiento de todas las épocas, soportando hasta el fondo las miserias de la historia.

Quien traiciona a Jesús es uno de sus más íntimos: “Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba, el que compartía mi pan, me ha traicionado” (Sal 41,10). Judas se ha sacudido el “yugo ligero” de Jesús y ha caído bajo el dominio de otros poderes, los que quieren acabar con Jesús y a los que, con su traición, ha abierto las puertas.

Hay un momento en el que Judas toma conciencia de su traición: “Pequé entregando sangre inocente”, dice a los sumos sacerdotes y ancianos (Mt 27,3-5), pero ya no logra creer en el perdón. No ve más que a sí mismo y sus tinieblas; ya no ve la luz de Jesús que puede iluminar y superar incluso las tinieblas. El suyo es un arrepentimiento destructivo que solo ve oscuridad, no verdadero arrepentimiento que confía y tiene la certeza de que la Luz de Jesús es más fuerte. ERA DE NOCHE Y JUDAS PERMANECIÓ EN ELLA, por eso se ahorcó (Mt 27,5).

Jesús tiene que padecer hasta el final y seguir hasta en los más mínimos detalles el destino de sufrimiento del justo. Debe experimentar la incompreensión y la infidelidad, incluso dentro del círculo de sus más íntimos y, de este modo, “cumplir la Escritura”.

2.3. LA ÚLTIMA CENA (MT 26,26-29)

¿Qué fue realmente la Última Cena? Jesús era consciente de su muerte inminente. Sabía que ya no podría comer la Pascua y con esta conciencia invita a los suyos a una Última Cena particular, que era su despedida, en la cual entregarse a sí mismo como el verdadero Cordero, instituyendo así, su Pascua.

En todos los evangelios sinópticos, el anuncio de Jesús de su muerte y resurrección forma parte de esta cena. En Lucas adopta un tono particularmente solemne y misterioso:

“He deseado ardientemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el Reino de Dios” (Lc 22,15s).

Esta no será la antigua Pascua, sino la suya, que se da, eso sí, en el contexto de la Pascua judía que conmemoraba la liberación de Egipto. Como entonces fue el cordero, aquí es Jesús que se entrega a sí mismo. El cordero inmolado será él. Así, lo antiguo adquiriría su sentido pleno. En la Última Cena Jesús no solo anuncia, sino que también anticipa la cruz y la resurrección.

2.4. LAS PALABRAS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Las palabras y los gestos con los que Jesús se entregó en el pan y el vino son el núcleo de la tradición de la Última Cena y hay muchas razones para afirmar que son las mismas que él pronunció.

La cruz es la extrema radicalización del amor incondicional de Dios, amor en el que, a pesar de todas las negaciones de los hombres, se entrega y toma sobre sí el “no” de los hombres, para atraerlo a su “sí” (cf. 2Cor 1,19). Los creyentes repetirán su gesto en la Última Cena como la “celebración memorial” de lo sucedido, pero no como mero recuerdo del pasado, sino como un hecho que, cada vez que se celebra, se hace presente.

Cuando Jesús dice: “Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros”, cumple lo que había dicho en el discurso del Buen Pastor: “NADIE ME QUITA LA VIDA, SINO QUE YO LA ENTREGO LIBREMENTE” (Jn 10,18). Antes de que le quiten la vida en la cruz, él ya la ofrece por sí mismo, transformando su muerte violenta en un acto libre de entrega por otros y a los otros. Y añade: “Tengo poder para

entregarla y para recuperarla” (cf. *Ibíd.*). Él da la vida sabiendo que así la recupera. En el acto de dárla está incluida la resurrección. Al repartir el pan ofrece su vida y, con ello, la obtiene de nuevo, ya ahora. *ES EL GRANO QUE MUERE Y DA EL CIENTO POR UNO*, realizando en sí mismo la verdadera multiplicación de los panes.

La frase de Jesús sobre el cáliz: “esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados” (v. 28), es *de una densidad inmensa. Es renovación, por parte de Dios, de una alianza siempre nueva en medio de una historia de Israel tejida de un sinfín de infidelidades.* Y su sentido es claro: su ENTREGA TIENE UN VALOR EXPIATORIO Y RECONCILIADOR, que nos remite al inicio del evangelio:

“Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará al pueblo de sus pecados” (Mt 1,21).

Dios no puede ignorar la desobediencia de los hombres ni el mal de la historia; no puede tratarlo como algo irrelevante e insignificante. Y no se trata solo de que sea misericordioso y nos perdone, sino de vencer definitivamente la injusticia y el mal. Esta será la verdadera misericordia. Que lo haga Dios, en Jesús, ya que los hombres no son capaces de hacerlo, muestra la bondad “incondicional” divina: “Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo” (2Tm 2,13). Con el don total de sí mismo, Jesús sufre todos los males de la humanidad hasta el fondo y elimina toda traición asumiéndola en su fidelidad incondicional. Este es el culto nuevo, que instituyó en la Última Cena.

Las palabras de Jesús en la Última Cena: “Tomad, comed, este es mi cuerpo” (v. 26); “Bebed de ella (de la copa) porque esta es mi sangre de la alianza” (v. 27-28), son el momento central de todo el episodio y el acto fundacional de la Iglesia. La Iglesia proviene de la Última Cena o, si se quiere, de la muerte y resurrección de Cristo, anticipadas por Él en el don de su cuerpo y su sangre.

3. GETSEMANÍ (MT 26,30-56)

3.1. ANUNCIO DEL ABANDONO DE LOS DISCÍPULOS (MT 26,30-35)

Al salir hacia el monte de los Olivos, Jesús anuncia por dos veces que será abandonado por todos sus discípulos (v. 31-32) y por Pedro en particular (v. 34), pues lo que va a sucederle será para

ellos motivo de escándalo, en fuerte contraste con la Última Cena, que hablaba de compartir la mesa y comulgar vida y destino.

La intervención impulsiva de Pedro prometiendo fidelidad absoluta a Jesús le vale una muy dura predicción de Jesús sobre su futuro comportamiento (v. 34), pues no solo se “escandalizará”, sino que además le “negará” hasta tres veces, número que indica cierta plenitud, en el corto espacio de “esta misma noche”, pero Pedro insiste en que le será fiel “aunque tenga que morir contigo”, afirmación a la que todos se unen (v. 35).

3.2. ORACIÓN EN GETSEMANÍ (MT 26,36-46)

El escenario cambia y pasa a ser Getsemaní. Jesús invita a los discípulos a que se sienten, mientras él va a orar acompañado de Pedro y los hermanos Zebedeos (v. 26-37), que habían sido testigos de su transfiguración (Mt 17).

Jesús cae rostro en tierra (v. 39). Su postura expresa su estado de ánimo, pero sobre todo su extrema sumisión a la voluntad del Padre, su abandono más radical en Él. Sorprende que el texto revele el estado anímico de Jesús, diciendo que comienza a sentir “tristeza” y “angustia”: “MI ALMA ESTÁ TRISTE HASTA EL PUNTO DE MORIR” (v. 38).

En esta situación interna y ante el final de su vida, JESÚS BUSCA LA ORACIÓN, pues el martirio que le espera solo puede ser superado por la oración, y PIDE A LOS SUYOS QUE LE HAGAN COMPAÑÍA y VELEN CON ÉL: “quedaos aquí y velad conmigo” (v. 38). La escena es desoladora, ya que estábamos acostumbrados a un Jesús que no pierde el control ni la serenidad nunca, ni siquiera cuando anuncia su inminente muerte. Este Jesús, que es “Dios con nosotros” (Mt 1,23) y que permanecerá con sus discípulos hasta el fin del mundo (Mt 28,20), les pide ahora que se queden y velen “con él” (v. 38).

Jesús pasa por la experiencia del miedo, del estremecimiento ante el poder de la muerte, del pavor ante el abismo de la nada, que le hace temblar e incluso, según Lucas, sudar como gotas de sangre (cf. Lc 22,44). Pero hay más: Jesús experimenta el estremecimiento particular de quien es la vida misma ante el enorme poder de destrucción del mal, de lo que se opone a Dios y que ahora se abate directamente sobre él, que debe tomar sobre sí y acoger dentro de sí hasta ser él mismo “hecho pecado” (cf. 2Cor 5,21).

Precisamente por ser el Hijo, ve con extrema claridad toda la marea sucia del mal, todo el poder de la mentira y la soberbia, toda la astucia y atrocidad del mal que se enmascara de vida, pero que está continuamente al servicio de la destrucción, de la desfiguración y la aniquilación de la vida. Precisamente por ser el Hijo, siente profundamente todo el horror, la suciedad y la perfidia que debe beber en aquel "cáliz" destinado a él: todo el poder del pecado y de la muerte. todo esto lo debe acoger dentro de sí, para que en él quede superado y privado de poder.

La angustia de Jesús es mucho más radical que la que asalta a cada hombre ante la muerte: es el choque frontal entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. También mi pecado estaba en aquel cáliz pavoroso y aquella sangre la derramó por mí.

En la oración de Jesús aparece la lucha entre dos voluntades: la "natural" del hombre Jesús, que se resiste ante el aspecto monstruoso y destructivo de aquello a lo que se enfrenta y pide que si es posible "el cáliz se aleje de él", y la "del Hijo", que se abandona en el Padre. La aflicción del alma humana de Jesús le impulsa a pedir ser salvado de aquella hora, pero la conciencia de su misión, de que ha venido precisamente para esa hora, le hace preferir que se haga su voluntad. La aceptación de la terrible cruz, de la ignominia del exterminio de la propia dignidad y de una muerte infamante, se convierte en ese momento en glorificación del nombre de Dios. Así, el conflicto en lo más íntimo de Jesús, se resuelve en su entrega que revela el abismo del amor de Dios por nosotros.

En ningún otro lugar de las Escrituras podemos asomarnos tan profundamente al misterio interior de Jesús como en la oración del Monte de los Olivos.

3.3. EL APELATIVO "ABBÁ - PADRE"

Esta palabra es la clave para comprender la oración de Jesús en Getsemaní. Nunca en la literatura judía se ha llamado a Dios "Abbá - Padre". Solo Jesús lo ha hecho, y lo ha hecho siempre.

"Abbá" pertenece al lenguaje de los niños. Es la forma con la que el niño se dirige a su padre en familia. El que Jesús la utilizara para dirigirse a Dios es algo nuevo e inaudito. ÉL HABLABA CON DIOS COMO UN NIÑO HABLA CON SU PADRE... El "Abbá" de Jesús al dirigirse

a Dios revela la íntima esencia de su relación con él y cómo acoge la voluntad del Padre sobre él, sobre todo en Getsemaní.

La oración de Jesús en Getsemaní se articula en tres momentos y si miramos sus palabras, da la impresión de que va progresivamente acogiendo su muerte inminente.

En la primera, queda abierta la posibilidad de que pueda ser voluntad de Dios apartarlo el cáliz:

“Padre mío, si es posible, que pase de mí ese cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú” (v. 39).

En la segunda, se da por hecho que esto no es posible y que el plan de Dios pasa por la muerte:

“Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad” (v. 42).

Ahora bien, esta progresión no indica el paso de la no aceptación a la aceptación. En todo momento JESÚS SUPEDITA SU PROPIA VOLUNTAD Y SU PROPIO QUERER AL DEL PADRE: “no sea como yo quiero, sino como quieres tú” (v. 39); “hágase tu voluntad” (v. 40). Jesús no busca la muerte. Siente tristeza y angustia ante ella y formula una condicional (“si es posible, que pase...”), pero siempre en obediencia al querer de Dios (“pero no sea como yo quiero”).

Entre una y otra oración, Jesús vuelve a los suyos, pero las tres veces los encuentra durmiendo (v. 40.43.45). La primera los reprende por no haber sido capaces de velar una hora y les insta a orar para no caer en tentación; la segunda les deja, pues sus ojos están cargados; la tercera, tras exhortarles a dormir, los levanta pues ha llegado la hora en que va a ser entregado (v. 45-46).

La somnolencia de los discípulos refleja una actitud demasiado frecuente de los creyentes que favorece la acción del mal. Mientras Jesús dice: “Me muero de tristeza”, ellos duermen. Sucedió entonces y sucede siempre. Es una indiferencia del alma que no se deja inquietar por el mal, la injusticia y el sufrimiento que hay en el mundo, como los discípulos no se dejaron afectar por el sufrimiento de Jesús. Es una insensibilidad que prefiere ignorar todo eso y se tranquiliza pensando que, en el fondo no es tan grave o que no nos toca a nosotros, para poder permanecer así en la

autocomplacencia de la propia existencia satisfecha. Pero esta actitud otorga al maligno un gran poder sobre el mundo.

Y algo muy importante a destacar: EL CAMBIO QUE SE PRODUCE EN JESÚS ANTES Y DESPUÉS DE LA ORACIÓN, pues de un abatimiento interior y exterior (tristeza, angustia, caer en el suelo) pasa a ir al encuentro de quienes le van a entregar a la muerte (v. 46).

3.4. PRENDIMIENTO DE JESÚS (MT 26,47-56)

Mientras están hablando, llega Judas con quienes van a prender a Jesús. Lo hacen de noche, para evitar la reacción del pueblo. El texto bíblico lo define como “uno de los doce” y Jesús lo llama “amigo” o “compañero”. Judas se dirige a él llamándolo “Rabbi”, como había hecho en la última cena: “¿acaso soy yo Rabbi?” (v. 49) y le da un beso. Ambas cosas muestran su gran frialdad. EL BESO, EXPRESIÓN DE CERCANÍA Y FAMILIARIDAD, SE CONVIERTE EN SÍMBOLO DE TRAICIÓN. Tras el beso, le “echan mano”, cumpliéndose lo que Jesús había dicho: que sería entregado “en manos de los hombres” (Mt 17,22) o “de los pecadores” (Mt 26,45).

Ante el arresto, los discípulos recurren a la autodefensa. Uno de ellos, Mateo no dice quién, saca la espada y corta la oreja de un criado, pero Jesús interviene con firmeza.

Primero ordena envainar la espada, pues no se debe responder a la violencia con violencia y “quien a espada mata a espada muere” (v. 52). El mal engendra mal y termina golpeando a quien lo hace, aunque de momento le pueda ir bien. LA VIOLENCIA TIENE UN COMPONENTE AUTODESTRUCTIVO que antes o después se vuelve contra el violento. La única forma de combatirla es la no violencia.

A continuación, y en línea con las tentaciones (Mt 4,1-11), Jesús deja claro que podría utilizar su poder, pero su mesianismo no va por ahí, pues “DIOS NO QUIERE TODO LO QUE PUEDE”, es decir, su poder no coincide con su voluntad, algo que a nosotros nos cuesta aceptar. Jesús podría pedir a su Padre doce legiones de ángeles, pero no es esto lo que desea, sino que se cumpla su voluntad. Y concluye diciendo que si actuara de otra manera no se cumplirían las Escrituras (v. 54), algo que repite Mateo en todo su evangelio.

Jesús se opone al uso de la violencia por parte de sus discípulos, al tiempo que denuncia la que practican contra él. No usar la violencia no significa renunciar a la justicia; acoger el plan de Dios no equivale a no denunciar el atropello. De hecho, esto es lo que Jesús recrimina a los que van a apresarle: primero que hayan salido con “espadas y palos” como si fuese un “bandido”, y segundo que lo hayan hecho “de noche”, cuando él enseñaba en el templo a pleno día (v. 55). De este modo, los acusa y denuncia el complot arbitrario e injusto urdido contra él.

“*TODO ESTO SUCEDIÓ, CONCLUYE JESÚS, PARA QUE SE CUMPLIERAN LAS ESCRITURAS DE LOS PROFETAS*” (v. 56), afirmación que coincide con lo dicho por el ángel a José al anunciarle el origen de la gravidez de María: “*TODO ESTO SUCEDIÓ PARA QUE SE CUMPLIESE EL ORÁCULO DEL SEÑOR POR MEDIO DEL PROFETA*” (Mt 1,22), con lo que el plan de Dios sobre Jesús expresado en las Escrituras, abre y cierra la historia de Jesús: poco antes de su nacimiento (Mt 1,22) y poco antes de su pasión, muerte y resurrección (Mt 26,56).

En este momento, todos sus discípulos huyen, como había anunciado Jesús poco antes (Mt 26,31-32).

4. JESÚS ANTE LA AUTORIDAD JUDÍA (MT 26,57-27,2)

4.1. ANTE EL SUMO SACERDOTE. PEDRO LO NIEGA (MT 26,57-75)

Jesús fue arrestado y llevado al palacio del sumo sacerdote, donde el Sanedrín ya estaba reunido, siendo aún de noche. Más que un juicio, lo que hubo allí fue un interrogatorio a fondo que concluyó con la decisión de entregar a Jesús al gobernador romano para su condena.

Tras la purificación del templo, habían quedado en el aire dos acusaciones contra él: la primera se refería al SENTIDO DE SUS PALABRAS al expulsar del templo a los comerciantes y a los animales, que parecían ser un ataque contra el lugar sagrado mismo y, por tanto, contra la “Torá”, sobre la que se basaba la vida de Israel. Se presentaron testigos que querían referir las palabras de Jesús, pero no había una versión unánime: no era posible establecer de manera inequívoca lo que Jesús había dicho.

La segunda era que habría manifestado una PRETENSIÓN MESIÁNICA, poniéndose en cierto modo a la misma altura de Dios,

lo que estaría en conflicto con el fundamento de la fe de Israel en un Dios uno y único.

Ambas eran acusaciones del ámbito religioso, pero también tenían una dimensión política porque el templo era la base de la unidad de Israel. La pretensión mesiánica tenía que ver con el deseo de Israel de restaurar la monarquía, por eso se pondrá después en la cruz la expresión “Rey de los judíos”, para señalar el motivo de la ejecución de Jesús. Que Jesús diera a entender que era el Mesías implicaba también que se proyectaba como rey de Israel.

Tras el fallido intento de presentar una acusación clara contra Jesús basada en su declaración sobre la destrucción y renovación del templo, llega a la dramática confrontación entre Caifás, sumo sacerdote y autoridad suprema de Israel, y Jesús.

Jesús había permanecido en silencio durante todo el interrogatorio ante los falsos testimonios contra él, hasta que llega la pregunta de Caifás. Su pregunta y la respuesta de Jesús marcan el punto decisivo del proceso que, en lo esencial, coincide en los relatos de los tres sinópticos. En Mateo, Caifás pregunta a Jesús: “¿ERES TÚ EL MESÍAS, EL HIJO DE DIOS?” (cf. 26,63), que reproduce la confesión de fe de Pedro en Cesarea de Felipe: “TÚ ERES EL MESÍAS, EL HIJO DEL DIOS VIVO” (16,16). Pues bien, en el mismo momento en que el sumo sacerdote pregunta a Jesús con sus mismas palabras, Pedro, separado de Jesús apenas por una puerta, asegura no conocerlo. Mientras Jesús confiesa su identidad, el primero en haberla confesado niega lo que había recibido del “Padre que está en el cielo” (Mt 16,17). Ahora es “la carne y la sangre”, quien dicta sus palabras.

A la pregunta de Caifás Jesús responde de un modo muy claro:

“Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo que a partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo” (26,64).

Jesús no contradice a Caifás, sino que asume el título de Mesías, pero un modo tal que provoca su condena, pues venir sobre las nubes del cielo es algo que no puede hacer ni un rey ni un libertador militar, sino solo Dios. Deja claro, por tanto, que es el Hijo de Dios.

Esto debió de parecer inaceptable a los miembros del Sanedrín porque implica participar de la naturaleza misma de Dios, algo considerado una blasfemia y condenado con la pena de muerte por ser un atentado gravísimo a la dignidad y unicidad de Dios, por eso Caifás “rasgó sus vestiduras” diciendo: “Ha blasfemado” (Mt 26,65), expresando así su indignación ante tal blasfemia.

Esto da inicio a una serie de burlas, ultrajes y escarnios (v. 67-68) que después continuarán por parte de los soldados romanos (Mt 27,27-31) y al pie de la cruz (Mt 27,39-44.47-48):

Entonces se pusieron a escupirle en la cara y a abofetearle; y otros a golpearle diciendo: “Adivínanos, Cristo. ¿Quién es el que te ha pegado?”

No se dan cuenta de que, burlándose de él y golpeándolo, cumplen literalmente, en Jesús, el destino del siervo de Dios:

Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban, mis mejillas a los que mesaban mi barba. Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos (Is 50,6).

En ese momento HUMILLACIÓN y EXALTACIÓN SE ENTRECROZAN DE MODO MISTERIOSO, pues es justamente cuando es maltratado que Jesús se manifiesta como el Hijo del hombre que viene e inaugura el Reino que proviene de Dios. Ha comenzado algo nuevo. A partir de ahora y a lo largo de la historia, EN EL ROSTRO DESFIGURADO DE JESÚS LOS HOMBRES RECONOCERÁN LA GLORIA DE DIOS.

En aquel mismo instante, Pedro reitera, por tercera vez, que no tenía nada que ver con Jesús. “E inmediatamente cantó el gallo y se acordó entonces de lo que le había dicho Jesús” (Mt 26,74-75). El canto del gallo se consideraba como el final de la noche y el comienzo del día. Con él termina también para Pedro la noche del alma en la que se había hundido. Las palabras de Jesús de que le negaría antes de que el gallo cantara reaparecen de repente ante él, ahora en su terrible verdad. Lucas añade que, en aquel mismo momento “Jesús se volvió y miró a Pedro”. Su mirada llega a los ojos y al alma del discípulo infiel que, “saliendo afuera, lloró amargamente” (Lc 22,62).

Un último apunte sobre las negaciones: Pedro había seguido de lejos a Jesús y a sus captores hasta el palacio del sumo sacerdote,

había entrado en él y se había sentado con los criados para ver qué pasaba (v. 58). Ante las acusaciones, que van in crescendo, de que andaba con Jesús y era uno de sus seguidores, Pedro lo niega por tres veces.

A la primera negación, que se da en el patio y entre los criados: “No sé de qué me hablas” (v. 69-70), sigue la segunda, en el portal, lo que da a entender que Pedro estaba intentando huir de allí: “¡Yo no conozco a ese hombre!”, afirma “con juramento” (v. 72), lo que aumenta la intensidad de la negación. La tercera supone un plus, pues se da ante un colectivo: “los que estaban allí” (v. 73), a los que Pedro responde con mayor intensidad todavía, maldiciendo y jurando (v. 74), momento en el que canta el gallo.

En Getsemaní Pedro, con sus compañeros, no había sido capaz de velar con él; aquí, lo ha negado por tres veces.

4.2. SENTENCIADO A MUERTE (MT 27,1-2)

Ya antes los sumos sacerdotes y ancianos habían urdido una trampa para prender a Jesús. En Mt 26,65, tras la blasfemia, habían dicho que merecía la muerte. Aquí toman la decisión de matarlo. Es la mañana del día en el que tendrá lugar su muerte, que él mismo había anunciado:

“Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del Hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y letrados; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen” (Mt 20,18-19).

CONCLUSIÓN

Concluye aquí, estimados lectores, nuestro comentario al capítulo 26 de Mateo, el primero de tres que estamos dedicando al estudio y contemplación del final de la vida de Jesús.

Lo que hemos visto aquí: la última cena con sus discípulos, su oración en Getsemaní, el prendimiento, el interrogatorio ante Caifás y las negaciones de Pedro (Mt 26) es el preámbulo de lo que a continuación vendrá: SU PASIÓN Y MUERTE (MT 27) Y SU RESURRECCIÓN (MT 28).

La dramaticidad y densidad de los acontecimientos va en aumento y nos introducen, más y más, en el misterio insondable del amor de Dios que, en su Hijo, se entrega a nosotros los hombres, hasta un extremo nunca imaginado, aunque ya anunciado en las Escrituras.

Suplicamos a Dios, una y otra vez, que nos dé, por su Espíritu Santo, la sabiduría a la que no podemos acceder nosotros y con la que penetrar en la inmensidad de la obra divina. Lo hacemos, como en el anterior comentario, con las palabras de Pablo:

“El Padre... os conceda por el Espíritu... que podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios” (Ef. 3,16-19).

Un abrazo fraterno.

Carlos Rey - SDB